

En esto pensad

Filipenses 4:8

Lecturas de edificación cristiana

Contenido

Nubes	109
La paciencia	117
Meditaciones breves (IV) La noche, el amanecer y el día	126
Corramos con paciencia	128
Ha resucitado el Señor verdaderamente (XII y fin)	138

Año XII. N° 4

Julio - Agosto 2007

EN ESTO PENSAD

LECTURAS DE EDIFICACION CRISTIANA

Es una publicación de distribución gratuita que se sostiene con las oraciones y la contribución de los hermanos que deseen colaborar.

Para toda comunicación referente a la publicación, sírvase dirigirse a:

Roberto Jorge Arakelian
Cap. Cairo 546
(1842) Monte Grande
Buenos Aires
Argentina

©2007 Todos los derechos reservados. Editor: Roberto Jorge Arakelian.

Los artículos editados en otros idiomas se han traducido con el permiso de sus editores. Derechos de traducción reservados. Permiso de reproducción únicamente de forma completa y sin cambios, citando la fuente:

« **EN ESTO PENSAD, LECTURAS DE EDIFICACIÓN CRISTIANA,**
www.lecturasbiblicas.org »

Queda prohibido utilizar este material con fines comerciales y/o cobrarlos.

NOTAS ACLARATORIAS

Las citas bíblicas utilizadas en esta publicación son tomadas de la versión Reina-Valera Revisada en 1960. Sin embargo, hay ocasiones en que la claridad del texto requiere el empleo de diferentes versiones, tales como la Versión Moderna u otras. Excepcionalmente, puede ser necesaria la traducción directa de la versión usada por el autor de un determinado artículo. En cada caso se indicará la versión empleada.

Abreviaturas:

BAS	=	Biblia de las Américas
RV 1909	=	Reina-Valera Revisión 1909
RVR 77	=	Reina-Valera Revisión 1977
RVA	=	Reina-Valera Actualizada 1989
VM	=	Versión Moderna (H.B.Pratt, revisión 1929)
N.T.I. <i>Gr./Esp.</i>	=	Nuevo Testamento Interlineal Griego-Español (F. Lacueva)
VHA	=	Versión Hispanoamericana (Nuevo Testamento)
<hr/>		
(<i>M. E.</i>)	=	<i>Messenger Évangélique</i>
<hr/>		

Las citas bíblicas textuales se encuentran entre comillas: “ ” y las citas no bíblicas entre comillas: « »

NUBES

Job era un hombre “perfecto y recto, temeroso de Dios y apartado del mal”, ricamente bendecido en su familia y en sus bienes. La posesión de riquezas no había apartado su corazón de Dios y vivía una vida piadosa; algo tan difícil de hallar en medio de la prosperidad material. ¡Qué bueno es conocer así días dichosos en la tierra, colmado de todo, sin preocupaciones de ningún tipo y andando en el temor del Señor! ¿Quién no envidiaría tal parte? Era un día calmo y sereno en la vida del patriarca, sin sombras que vinieran a empañarlo. Su cielo era azul.

Pero he aquí que en el horizonte aparecen nubes. Las vemos acumularse una tras otra con extraordinaria rapidez, de tal manera que, en poco tiempo, a Job sólo le quedaría el recuerdo de los días felices y apacibles que había vivido. Todo se le transformaría en algo sombrío y doloroso. Los sabeos lo acometieron y le arrebataron las quinientas yuntas de bueyes y las quinientas asnas que poseía, y mataron a sus criados. Siete mil ovejas y sus jóvenes pastores fueron consumidos por “fuego de Dios”. Los caldeos le robaron tres mil camellos y mataron a los criados a filo de espada. Fueron tres nubes sucesivas. Todas las riquezas de Job fueron devastadas.

Una cuarta nube lo alcanzaría en sus afectos paternos: sus diez hijos murieron en la casa de su primogénito, cuando ésta se derrumbó sobre ellos.

Llegaría una quinta nube: él mismo fue herido con “una sarna maligna desde la planta del pie hasta la coronilla de la cabeza”.

Luego, tres amigos fueron para condolerse y consolarlo; ellos se sentaron con él en tierra por siete días y siete noches,

contemplando su dolor, sin pronunciar una sola palabra. Fue la sexta nube, la cual tocó e irritó el «yo» de Job hasta tal punto que no pudo soportarlo. Él abrió su boca para maldecir su día.

Todavía una séptima nube oscurecería su cielo: ¿escucharía de parte de Elifaz, de Bildad y de Zofar algunas palabras de comprensión y de consuelo? No, en absoluto. Por otra parte, ninguno de ellos sería capaz de hablar de Dios como conviene (Job 42:7-8). ¡Lo que estos tres hombres ofrecieron a su amigo que pasaba por la prueba fueron únicamente severos reproches y palabras de condenación!

Siete nubes en la vida de aquel de quien Dios había podido decir que no había “otro como él en la tierra, varón perfecto y recto, temeroso de Dios y apartado del mal”. Se trata, pues, de un número completo de pruebas, cada vez más dolorosas, que alcanzaron a Job más y más profundamente. ¿Acaso hubo jamás algún hombre que haya sido probado como él? Ninguno, sin duda. Sólo el santo Hijo de Dios, en la cruz del Calvario, vio descargarse sobre sí la más sombría nube, una nube tan espesa que, desde el mediodía hasta las tres de la tarde, trajo tinieblas sobre toda la tierra. Durante esas tres horas tenebrosas de desamparo, Él llevó nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero de la cruz. Él fue hecho pecado por nosotros. De manera que puede decirnos, como también a su pueblo: “Yo deshice como una nube tus rebeliones, y como niebla tus pecados” (Isaías 44:22). A causa de esto, nosotros jamás conoceremos esa nube que velaba la faz de Dios y que habría tenido que alejarnos de él por la eternidad. ¿Es éste un tema de incesantes alabanzas en nuestros corazones agradecidos?

Hoy en día, muchas nubes oscurecen nuestro cielo. No sabemos exactamente cuántas nubes hay en la vida de cada uno

de los redimidos del Señor. Pero, Él lo sabe... En estos días de pruebas multiplicadas, consideremos algo de lo que Job aprendió cuando su cielo estaba negro, totalmente oscurecido por nubes sombrías.

Después de que sus tres amigos dejaron de hablar de manera condenatoria, Eliú hizo oír su voz: “Lleno estoy de palabras, y me apremia el espíritu dentro de mí” (Job 32:18). Él se expresó como oráculo de Dios y el poderoso aliento del Espíritu animó sus palabras. ¡Cuántas enseñanzas dadas por Dios mediante su siervo hallamos en los capítulos 32 a 37!

A Job se le formula una pregunta: “¿Has conocido tú las diferencias de (o el balanceo de) las nubes, las maravillas del Perfecto en sabiduría?” (37:16). Sin duda, se trata primeramente del dominio de las cosas físicas. Cristo aún no había aparecido en la escena de este mundo, y Job no poseía las Escrituras. Él podía conocer algo de las revelaciones divinas y del testimonio de la majestad y del poder de Dios, como también de su fidelidad y de su misericordia, al contemplar y considerar los cielos y la tierra, y las maravillas de la Creación. Pero las imágenes que se nos presentan tienen un significado más profundo; ellas nos hacen penetrar en el dominio de las cosas espirituales.

Job, ¿podía comprender “el balanceo las nubes”? ¿Por qué se le presentaba un cielo negro, después de haber vivido días tan felices? ¿Por qué «siete» nubes? Job no podía comprender nada, ya sea que esta expresión se tome en su sentido propio o en su sentido figurado. Y nosotros tampoco podemos comprenderlo mejor que él. ¿Por qué hallamos tal dificultad en el camino? ¿Por qué tantas pruebas que parecen aplastarnos? No lo comprendemos. Pero, para la fe, permanece en pie una certeza: esas nubes son “las maravillas del Perfecto en conocimiento”.

Con perfecto conocimiento de lo que somos y de lo que nos es necesario, Él envía las nubes o las aleja y, en el maravilloso balanceo de ellas, podemos ver la mano de aquel que no se engaña jamás y que también nos dice, como le dijo a Pedro: “Lo que yo hago, tú no lo comprendes ahora; mas lo entenderás después” (Juan 13:7). ¡Qué obras maravillosas!

Aún más, tengamos la seguridad de que esa nube que sobreviene y ensombrece todo en un corazón, en un hogar o en una asamblea, está cargada de agua: “También él carga las nubes de humedad” (Job 37:11; VM). El propósito de Dios es darnos bendición siempre. Quizás deba humillarnos y probarnos, pero cuando Él obra así tiene siempre esta finalidad: “para a la postre hacerte bien” (Deuteronomio 8:16). La nube que llena de tristeza los corazones, que puede hacer correr lágrimas, está colmada de bendición de lo alto. En los días sombríos, ¡jamás olvidemos que Él carga de agua la nube!

Pero, ¿cómo será derramada esa agua? Pues, conforme a lo que sólo Él le mande (v. 12), ella vendrá en una tromba, “por azote”, o bien “por misericordia” (v.13). En el primer caso habrá devastación; se trata de un castigo —lo cual es su “extraña obra”, su “extraña operación” (Isaías 28:21)—, pues Él desea enviar la bendición. En el segundo caso, las nubes derraman la lluvia que cae “goteando en abundancia” (36:28), cual rocío de bendición, como lluvia menuda y penetrante que fertiliza y enriquece. Producirá frutos en los corazones, semejantes a una tierra empapada y ablandada por lloviznas beneficiosas (Salmo 65:9-10). Y acaso, ¿no recibimos, sobre todo mediante la Palabra, dicha lluvia de bendición? “Goteará como la lluvia mi enseñanza; destilará como el rocío mi razonamiento; como la llovizna sobre la grama, y como las gotas sobre la hierba”

(Deuteronomio 32:2). “Porque como desciende de los cielos la lluvia y la nieve, y no vuelve allá, sino que riega la tierra, y la hace germinar y producir... así será mi palabra que sale de mi boca...” (Isaías 55:10-11). En consecuencia, cuánto necesitamos leer la Palabra y, más aún, conformar nuestros caminos a ella, ya que esta lluvia descenderá sobre nosotros en la medida en que oigamos sus “mandamientos” (Deuteronomio 11:13-15 y 27). Dicha lluvia es derramada de manera tal que podamos recibirla y recogerla sin perder nada de ella; para esto el agua de las nubes cae “goteando”. No porque Dios limite la bendición; las palabras “en abundancia”, al final del v. 28 indican precisamente su profusión. Así será en los felices días del reino, cuando Aquel delante de quien los reyes se prosternarán y todas las naciones le servirán, “descenderá como la lluvia sobre la hierba cortada; como el rocío que destila sobre la tierra” (Salmo 72:6). Entonces la tierra empapada, ablandada por lloviznas, será enriquecida “en gran manera” (Salmo 65:9-13).

A partir del capítulo 38, Jehová mismo se dirige a Job: “¿Alzarás tú a las nubes tu voz?” (v. 34). El hombre, por grande y poderoso que sea, no tiene potestad para regular el curso de las nubes, y esto es un pensamiento reconfortante. Es cierto que quizás el balanceo de las nubes llegue a efectuarse como respuesta a la ferviente oración del justo, cuya súplica esté de acuerdo con lo que Dios desea hacer (Santiago 5:17-18), pero jamás será la respuesta a una orden directa del hombre. El enemigo tampoco podrá hacer nada sin el permiso de Dios, y sólo podrá obrar entre los límites estrictos que le habrán sido asignados: notemos que cada vez se encuentra la expresión: “solamente” (o “mas”) (Job 1:12; 2:6). Y aun cuando el enemigo pueda obrar contra un redimido, jamás lo podrá hacer sino como un

instrumento del que Dios se vale para cumplir Sus designios de gracia a favor de uno de los suyos (1:8; 2:3).

Dios le formula a Job otra pregunta, la cual, al mismo tiempo, sirve de aliento para un corazón que pasa por la prueba: “¿Quién puede contar las nubes con su sabiduría” (38:37; VM). ¡Gracia infinita! Él ha contado todas las nubes. Nosotros quizá diremos que no debería haber tantas, que el cielo está demasiado negro... ¿No eran demasiado para Job esas siete sombrías nubes en su vida? Pero, ¡todas ellas estaban contadas, una por una! Y esto “con Su sabiduría”. Ni una que no fuera necesaria y ninguna más de las que fueran necesarias. Él es el mismo que “cuenta el número de las estrellas” (Salmo 147:4), el que cuenta todos nuestros pasos (Job 16:16; 31:4), nuestras idas y venidas (Salmo 56:8) y los cabellos de nuestra cabeza (Lucas 12:7), y el que ha contado también las nubes que vienen a oscurecer nuestro cielo; ¡y lo hace con el mismo poder infinito, con la misma sabiduría insondable y el mismo amor invariable y eterno!

El capítulo 42 del libro de Job nos muestra los resultados del “balanceo de las nubes”. Todas ellas habían sido contadas con Su sabiduría, cargadas de agua, y ahora dejaban caer sobre el patriarca una lluvia de bendiciones derramadas con gotas en abundancia. ¡Cuántas riquezas y conocimientos recibió Job! Riquezas recibidas y conocimientos adquiridos; ¡y ambas cosas por medio de un cielo cargado completamente de nubes! “De oídas te había oído; mas ahora mis ojos te ven.” ¿No valió la pena haber visto aquellas «siete» nubes en su cielo, para poder decir luego: “Mis ojos te ven”? Se trata del conocimiento y la contemplación de la persona de Cristo, así como también lo habían experimentado los tres jóvenes hebreos en medio del horno. “He aquí, tenemos por bienaventurados a los que sufren la

prueba con paciencia. Habéis oído de la paciencia de Job, y habéis visto el fin del Señor, que el Señor es muy misericordioso y compasivo” (Santiago 5:11; versión francesa de J.N. Darby). Lo que enriquece proviene de la aflicción: “El oro viene del norte” (Job 37:22; versión francesa de J.N. Darby). Job pudo contar su “oro” luego de que pasara el viento que disipa las nubes y produce un cielo claro; ahora él veía la luz brillante, veía la verdadera luz. Job fue enriquecido en el conocimiento de su Persona. De aquellas «siete nubes», sólo quedaba la bendición dispensada en amplia medida, habiendo derramado el agua con que estaban cargadas, “goteando en abundancia”. “Pasando por el valle de Lágrimas, lo convierten en manantial de aguas; también la lluvia temprana lo cubre de bendiciones” (Salmo 84:6 VM).

¡Quiera Dios que estas breves observaciones nos impulsen a leer el libro de Job y a meditar en él, a fin de extraer de él preciosos alientos para los días tan cargados de nubes! Sin duda, el libro contiene una palabra que se dirige a nuestras conciencias: consideremos nuestros caminos y escudriñémoslos, para que el agua con que la nube está cargada no sea enviada sobre nosotros “por azote”, lo que sería otra prueba como la nube. En este caso, ¡qué sufrimiento producirá el justo castigo de nuestra infidelidad, aumentado con el pesar de haber perdido la bendición que nuestro Dios había preparado para nosotros! Pues Él, al cubrir de nubes los cielos, prepara lluvias de bendición (Salmo 147:8). Pero, Dios, mediante este libro, quiere dar, sobre todo, una palabra de consolación y de esperanza a todos aquellos que son ejercitados por las nubes que él envía. En medio de la tristeza del “presente”, Dios dirige nuestras miradas hacia el “después”, cuando habremos de recoger el fruto apacible que ella da (Hebreos 12:11).

Muy pronto se habrá de levantar la “mañana sin nubes”. En los días gloriosos del reino en que “habrá un justo que gobierne entre los hombres, que gobierne en el temor de Dios”; ya no será necesaria ninguna nube para aportar la bendición. Entonces será derramada una rica y abundante bendición: “Será como el resplandor del sol... como la lluvia que hace brotar la hierba de la tierra” (2.º Samuel 23:3-4). Entonces, Aquel a quien David tenía ante sus ojos al pronunciar esas palabras, el verdadero David, será “príncipe en medio de ellos”, quien hará descender sobre su pueblo restaurado “la lluvia en su tiempo; lluvias de bendición” (Ezequiel 34:23-31).

Mientras llega el día en que saldrá el Sol de justicia, el cual traerá salvación en sus alas (Malaquías 4:2), sepamos mirar no a la nube, sino por encima de la nube, a Aquel que la carga de agua. Todo es sombrío y negro alrededor de nosotros; cada vez más sombrío y más negro... Pero, afirmados en el amor de Jesús, en el amor que es invariable en todas sus manifestaciones, tanto en aquellas que hacen vibrar nuestros corazones de alegría, como también en las que nos hacen llorar, podemos cantar:

*¿La vida es sombría
a veces ante mis ojos?
Tú disipas toda sombra,
¡oh, glorioso Salvador!
Por encima de la nube
puedo ver tu esplendor:
Tu mirada me da aliento,
me colma de felicidad.*

(Traducción literal)

P. Fuzier (M.E. 1943)

LA PACIENCIA

¿Qué es la paciencia? Es la perseverancia en el camino de dependencia de Dios, a pesar de los esfuerzos del enemigo quien procura apartarnos de él. ¿Podrá haber algo más precioso, ante los ojos de Dios, que un andar en dependencia y sumisión a su Palabra? La paciencia se produce en un corazón puro, que se olvida de sí mismo para ofrecerse a Dios, y es también un andar en el poder y el gozo del Espíritu Santo.

El estado del corazón de tal creyente se distingue por un equilibrio interior que no se deja turbar por las circunstancias. Tanto si éstas le son favorables como al contrario, o que se trate de gozo o de penas, siempre lo veremos seguir su camino tranquilamente, esperando constantemente las directivas de Dios. No es ni sostenido por las circunstancias favorables, ni desalentado por las que le son contrarias.

Dios espera de todos sus hijos dicha paciencia en el sendero de la dependencia. Nuestro lenguaje debería parecerse al del Señor Jesús, quien decía: “He descendido del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió” (Juan 6:38). Somos llamados a discernir en todo tiempo “cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta” (Romanos 12:2). Pero, por desgracia, ¡con qué facilidad seguimos nuestro propio camino!

Muy a menudo descuidamos buscar la voluntad de Dios, sobre todo en las pequeñas cosas. Quizá lo hacemos cuando se trata de cuestiones importantes tales como el matrimonio, la fundación de un comercio, un cambio de empleo, o cuando pensamos en mudarnos a otra ciudad; pero, en las cosas pequeñas, tomamos decisiones siguiendo nuestro propio pensamiento dirigido, lamentablemente, por nuestros deseos e intereses.

¿No obramos como el mundo cuando nos proponemos mejorar nuestra posición terrenal? Ése no es un andar en dependencia del Señor; cometemos una falta ante lo que se nos pide: no tener otro deseo que el de hacer la voluntad de Dios. Y no comprendemos el objetivo para el cual Él nos deja en este mundo. La piedra de toque de la verdadera piedad es tener la misma delicadeza de conciencia en las pequeñas cosas como en las grandes. “El que es fiel en lo muy poco, también en lo más es fiel; y el que en lo muy poco es injusto, también en lo más es injusto” (Lucas 16: 10).

¿No es esto lo que falta entre los creyentes de los tiempos actuales? Muchos de entre ellos no tienen la menor idea de lo que es depender verdaderamente de Dios. Evitan cometer pecados manifiestos, tanto como les es posible; pero les falta la delicadeza de conciencia que vigila y juzga todos los movimientos de la carne. Incluso las personas inconversas pueden tener un andar exterior honorable y llegar a ser un motivo de confusión para muchos creyentes; pero es preciso tener conciencia de que uno no es nada y reconocer que todos los recursos para ser capaz de andar en la senda de una constante dependencia sólo se encuentran en Dios.

Para ello necesitamos paciencia, tal como está escrito: “Porque os es necesaria la paciencia, para que habiendo hecho la voluntad de Dios, obtengáis la promesa (Hebreos 10:36). Por eso Dios, en su sabiduría y amor, nos conduce por un camino destinado a quebrantar nuestra voluntad propia y a producir la paciencia. Sin duda, esto explica el porqué de muchas pruebas tan amargas por las cuales el Señor hace pasar a los suyos, muy particularmente en nuestros días. Por todas partes vemos creyentes con dificultades: pruebas, enfermedades, sufrimientos,

asuntos que van de mal en peor a pesar de todos los esfuerzos que hacen, mientras que otros tienen éxito en todo.

¿De dónde proviene el hecho de que se encuentren familias en las cuales hay tantos temas de tristeza: padres apenados porque ven que sus hijos se vuelven al mundo, después de haber seguido con fidelidad a sus padres en el camino? Las exhortaciones afectuosas y serias no dan resultados; las insistentes oraciones parecen no recibir respuesta y los hijos se alejan cada vez más. Podemos ver que hay maridos que sufren la oposición de sus esposas incrédulas, o mujeres afligidas por el mal trato que sufren de parte de sus maridos.

También vemos casos en que una enfermedad deja prostrados a aquellos que son el sostén de la familia y les quita la posibilidad de subvenir a las necesidades de los suyos. Y a otros que desean dejar su morada terrenal, pues arrastran una vida de sufrimiento para sí mismos y para los que lo rodean.

¿Por qué suceden todas estas cosas? ¿No debemos reconocer en ello los caminos bien ordenados de Dios? ¿Qué fácil le resultaría a Él mejorar todas esas condiciones y transformarlas! Por cierto, no le falta el poder, ni el conocimiento, ni el amor para hacerlo; pero, en su sabiduría divina, Él pesa y ordena exactamente todas esas circunstancias tan graves, para alcanzar lo que era necesario ante sus ojos. Aquel que cuenta todos los cabellos de nuestra cabeza y que no se olvida de ningún pajarillo, sigue cada uno de los pasos de sus hijos.

Dios conoce las aflicciones y los dolores de ellos, y ni uno solo de sus suspiros pasan desapercibidos para Él. Todo se verifica exactamente conforme a su voluntad, no para afligir a los suyos, sino para producir en ellos la paciencia, a fin de que ésta “tenga su obra perfecta”. Nuestros débiles corazones muy a

menudo no comprenden que Dios no nos desampara, sino que, en su inapreciable gracia, obra según sus propios pensamientos y no según los nuestros. ¡Qué difícil nos resulta decir como el apóstol: “Nos gloriamos en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación produce paciencia” (Romanos 5:3)!

Las continuas quejas de muchos creyentes prueban muy claramente que el objetivo que Dios tiene en vista para ellos aún no fue alcanzado, que la voluntad propia de los tales aún no fue quebrantada y que la paciencia no se ha producido, porque, de lo contrario, soportarían la aflicción delante de Dios sin murmurar. Al descargar sobre Él lo que pesa en nuestro corazón, nos sentimos aliviados por Su cercanía y gozamos de su misericordia y de sus consolaciones. Tal es el primer fruto de la paciencia. El corazón se encuentra entonces en la presencia de Dios y experimenta la paz y el descanso en el santuario; goza de la consolación de un Padre que nos ama con un amor inefable, que simpatiza con nosotros y que seca nuestras lágrimas.

Jamás deberíamos abandonar nuestro lugar en el santuario cuando vienen las pruebas más pesadas. Asaf no podía deshacerse de su mal humor, que cargó hasta el momento en que entró “en el santuario de Dios” (Salmo 73:17). Sólo allí él pudo considerar todo bajo la verdadera y esclarecedora luz de Dios; y, a partir de ese momento, su lenguaje cambió por completo. En lugar de murmurar respecto de la prosperidad del impío, Asaf juzgó su propia torpeza y halló todo su placer en Dios. “Y fuera de ti nada deseo en la tierra” (v. 25).

David también conocía dicho santuario y adquiriría allí su fuerza a la hora de pasar por sus más grandes pruebas, cuando su pueblo quería apedrearlo “Y David se angustió mucho, porque el pueblo hablaba de apedrearlo... mas David se fortaleció

en Jehová su Dios” (1.º Samuel 30:6). Presionado desde fuera y lleno de temor interiormente, él se refugiaba en Aquel “que consuela a los humildes” y hallaba en Él la consolación, la fuerza y directivas (cf. 2.ª Corintios 7:5-6).

Del mismo modo, cuando el remanente fiel de Israel tenga que soportar los terribles sufrimientos que le sobrevendrán en los últimos tiempos, conocerá el santuario como su único refugio. ¡Cuánto alivio brindan las palabras que son puestas en la boca de tal remanente en el Salmo 42: “Fueron mis lágrimas mi pan de día y de noche, mientras me dicen todos los días: ¿Dónde está tu Dios?... ¿Por qué te abates, oh alma mía, y te turbas dentro de mí? Espera en Dios; porque aún he de alabarle, Salvación mía y Dios mío” (v. 3, 5). En todo ese sufrimiento no hallamos ninguna queja, ninguna búsqueda de socorro de parte de los hombres, sino una continua espera en Dios

¡Qué tremendo fue para Aarón la muerte súbita de sus dos hijos, bajo un juicio terrible! Y, a pesar de todo, él no debía abandonar el santuario, ni descubrir su cabeza, ni rasgar sus vestiduras, pues le había sido dicho, así como a sus hijos: “El aceite de la unción de Jehová está sobre vosotros” (Levítico 10). ¡De qué manera preciosa el Espíritu Santo expresa la resignación de Aarón mediante las palabras bien significativas: “Y Aarón calló.” Nada podía convenir más a su posición en esas circunstancias.

¡Con qué resignación, también, el apóstol aceptó “el aguijón en la carne”, un mensajero de Satanás que lo abofetea! Él podía decir: “Por lo cual, por amor a Cristo me gozo en las debilidades, en afrentas, en necesidades, en persecuciones, en angustias” (2.ª Corintios 12:7-10). Y, por encima de todo, nosotros tenemos delante de nuestros ojos al modelo perfecto,

nuestro Salvador, el “varón de dolores, experimentado en quebranto”. El Espíritu Santo nos dice, mediante la boca del profeta, cuál fue su actitud en todos sus sufrimientos: “Angustiado él, y afligido, no abrió su boca; como cordero fue llevado al matadero, y como oveja delante de sus trasquiladores, enmudeció, y no abrió su boca” (Isaías 53).

Pedro también nos exhorta a soportar las aflicciones, dándonos el ejemplo de Cristo, “quien cuando le maldecían, no respondía con maldición; cuando padecía, no amenazaba, sino encomendaba la causa al que juzga justamente” (1.^a Pedro 2:23). Muchos creyentes carecen de fuerza para manifestar la paciencia, porque olvidan su vocación celestial y la esperanza viva que está vinculada a ella. El amor de Dios nos ha unido a Cristo de manera tan estrecha que nos asocia a sus sufrimientos y a su gloria.

La Palabra se dirige a nosotros como a “hermanos santos, participantes del llamamiento celestial” (Hebreos 3:1), de manera que el sendero que debemos seguir está trazado exactamente: el que siguió Cristo. Se trata de un sendero de paciencia, hasta la gloria (Salmo 40:1). Él mismo espera también con paciencia el momento en que podrá venir a buscar a su Esposa. De este modo hallamos en la paciencia de Cristo el carácter de nuestra paciencia y lo que la dirige.

El Señor, en su gracia condescendiente, quiere que perseveremos en la paciencia con Él, tal como les dijo a sus discípulos: “Pero vosotros sois los que habéis permanecido conmigo en mis pruebas” (Lucas 22:28). Es posible que nuestra paciencia sea producida por medio de pruebas graves, pero, tan pronto como se produce seguimos realmente las huellas de Cristo y andamos como sus compañeros. Entonces, en medio de las

pruebas, gozamos de la comunión y de las consolaciones del Señor, quien dirige nuestras miradas hacia el feliz momento de su cercano regreso, el cual es esperado también por Él mismo.

Dicha comunión a los sufrimientos y a la gloria de Cristo otorga a nuestra paciencia su verdadero carácter y su verdadera fuerza; ella le impone el sello divino de la fidelidad y de la separación del mundo. Desde el momento en que comenzamos a considerar como un privilegio la paciencia con Cristo, vemos los sufrimientos y las pruebas bajo una luz diferente por completo y nos gloriamos en ello. Nuestro corazón, librado de las cosas de este mundo, tiene como objeto a Cristo, su glorificación y su espera.

Tal era la condición en que estaban los creyentes de Filadelfia. El Señor les dice: “Por cuanto has guardado la palabra de mi **paciencia**. Yo también te guardaré de la hora de la prueba... He aquí, yo vengo pronto; retén lo que tienes, para que ninguno tome tu corona” (Apocalipsis 3:10-11). Y a los tesalonicenses, el apóstol pudo escribirles: “Acordándonos sin cesar, en presencia del Dios y Padre nuestro, de la obra de vuestra fe, y del trabajo de vuestro amor, y de la **paciencia** de vuestra esperanza en nuestro Señor Jesucristo” (1.^a Tesalonicenses 1:3). Los jóvenes creyentes de Tesalónica, retirados del mundo, daban un testimonio positivo mediante toda su conducta y soportaban las persecuciones con fuerza y con el gozo del Espíritu Santo, esperando constantemente la venida del Señor Jesús desde el cielo. Esto llenaba de regocijo el corazón del Señor. Y, pues, ¿tendrá hoy en día menos valor para Él, después de que la Iglesia profesante perdió desde hace siglos su carácter celestial y abandonó la espera del Señor?

Asimismo, la paciencia caracterizaba la conducta y el

andar del apóstol Pablo: “Pero tú has seguido mi doctrina... **paciencia**, persecuciones, padecimientos” (2.^a Timoteo 3:10; véase también 2.^a Corintios 6:4 y 12:12). También hallamos lo mismo en el apóstol Juan: “Yo, Juan, vuestro hermano, y copartícipe vuestro en la tribulación, en el reino y en la **paciencia** de Jesucristo” (Apocalipsis 1:9).

En relación con lo precedente, aún deseo llamar la atención sobre un peligro al que estamos expuestos: Podemos estar listos para soportar grandes cosas, pero con la tendencia a menospreciar “el día de las pequeñeces” (Zacarías 4:10). Tal creyente, llevado por su celo por el Señor puede pensar en seguir las huellas de un mártir; mientras que en las pruebas relativamente ínfimas le falta la paciencia. Un enfermo que soporta sus sufrimientos con paciencia y fidelidad, a pesar de las dificultades, y que manifiesta su amor por Cristo, puede contar con la plena aprobación del Señor.

Como ya lo hemos dicho, una paciencia constante en las pequeñas cosas es la característica de la verdadera fidelidad; y podemos llamarla la paciencia con Cristo y la perseverancia en sus pruebas (o tentaciones), porque él pasó por todas nuestras tentaciones; “fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado” (Hebreos 4:15). No se trata de que Él haya estado enfermo, sino de que, en su perfecta simpatía, tomó sobre sí nuestras enfermedades y dolencias (Mateo 8:17). Él probó lo que es la vida del hombre en todas sus variadas condiciones. Lo poco que nos dicen las Escrituras sobre la mayor parte de la vida del Señor nos revela, sin embargo, que él se halló en las condiciones más modestas y sencillas. El apóstol escribió: “Porque ya conocéis la gracia de nuestro Señor Jesucristo, que por amor a vosotros se hizo pobre, siendo rico, para que vosotros

con su pobreza fueseis enriquecidos” (2.^a Corintios 8:9). Lo llamaban “el carpintero” (Marcos 6:3). Esa parte de su vida era un día de pequeñeces, en comparación con lo que le esperaba luego; pero, desde el principio hasta el fin, Él cumplió la voluntad de Dios y glorificó a su Padre.

Lo que le da importancia a nuestra vida, ya sea que ésta fuera corta o larga, no es saber por cuáles circunstancias hemos pasado, sino cómo las hemos vivido. Poco importa que hayamos sido amos o siervos, príncipes o lacayos, apóstoles o simples obreros; lo importante es la manera en que hemos cumplido nuestra tarea. Sin contradicción, una posición elevada implica una mayor responsabilidad; pero un simple servidor que sirve a su amo en la carne con paciente fidelidad será recompensado más que un creyente que en su prominente situación haya sido menos fiel, pues aquél sirvió “a Cristo el Señor” (Colosenses 3:24). Cuando el Señor le pide a un creyente que le sirva en el lugar donde él lo ubicó, es una necedad que tal creyente aspire a un cambio de su situación.

La condición en que se hallaba Pablo en una cárcel de Roma era, por cierto, penosa, pero él estaba feliz y satisfecho porque eso servía para el progreso del Evangelio y para dar a conocer el nombre de Cristo. El apóstol tenía un solo deseo: que Cristo fuera magnificado en su cuerpo, o por vida o por muerte (Filipenses 1:12-20). En lugar de buscar por sí mismo su camino, Pablo estaba listo para seguir la senda que el Señor había trazado para él; es decir, correr “con **paciencia** la carrera que tenemos por delante” (Hebreos 12:1).

El creyente que depende de Dios jamás escoge algo por su cuenta, sino que recibe todo de la mano de Dios. Y sabe que “todas las cosas cooperan juntas para el bien de los que aman a

Dios” (Romanos 8:28; VM); por eso, con la confianza de un niño, camina en la senda por la cual Dios lo guía.

Botschafter (M.E. 1929)

MEDITACIONES BREVES

Nº 4

La noche, el amanecer y el día

Salmo 22

El Salmo 22 describe las tres fases de un día simbólico plenamente ocupado por la persona y la obra de nuestro amado Salvador. La primera fase abarca la noche (vv. 1 a 21); la segunda el amanecer (vv. 21 a 24) y la tercera el día pleno (vv. 25 a 31).

En la primera parte contemplamos a Cristo, al hombre santo del Salmo 16, al hombre justo del Salmo 17, desamparado por su Dios, por el Dios santo¹⁾ en quien había depositado su confianza. Vemos que la noche más densa se extiende sobre el mundo (Mateo 27:45); y este hombre, el hombre perfecto se ve a sí mismo como lanzado a las tinieblas de fuera. Reducido a la condición de un pobre ser indefenso, se encuentra abatido bajo el más terrible sufrimiento; sufrimiento tan agudo que su corazón es como cera derritiéndose en medio de sus entrañas, y su quebrantamiento semejante al polvo mismo de la muerte.

Sin embargo, Él no pierde su confianza ni por un instante. “Líbrame”, exclama en el seno mismo de la angustia. “Libra

1) La palabra hebrea *El*, el Dios **fuerte en santidad** (diferente de *Elohim*, el Dios creador), que se lee continuamente en los Salmos, es muy a menudo pronunciado por Cristo hombre (véase v. 1, 3, 10).

de la espada mi alma”, refiriéndose a la espada del juicio blandida contra Él por la mano de Dios mismo (Zacarías 13:7). “Libra... del poder del perro mi vida”, es decir, de la cuadrilla de hombres brutales y violentos, sin piedad, sin vergüenza, sin pudor, alborotados contra él. “Sálvame de la boca del león”, de Satanás mismo, quien procuraba devorarlo. Tal es el cuadro de la expiación. Un solo Ser podía comprender y sondear ese abismo en todo su horror: Aquel a quien se dirige uno de nuestros cánticos en estos términos:

*Tú sufriste, oh Jesús, Salvador, Cordero, Víctima;
tu mirada infinita sondeó el inmenso abismo,
y tu corazón infinito, bajo ese peso de un momento,
cargó la eternidad de nuestro castigo.*

(Traducción literal)

Él muere, sucumbe entre los cuernos de los búfalos. Pero su Dios le responde, no para salvarlo **de** la muerte, sino **del seno** de la muerte, para sacarlo, mediante la resurrección, **fuera de la muerte**. Cumplida la redención, la noche termina y el alba se levanta en el horizonte (vv. 21 a 24).

¡Qué contraste! ¡Ante nuestros ojos se despliega un paisaje maravilloso! El cielo se encuentra sin nubes, con un frescor sin igual, con una pureza absoluta; la tierra es iluminada por el esplendor del amanecer. “Anunciaré tu nombre a mis hermanos.” ¡Se trata del cielo! El primogénito de una familia celestial se presenta con ella en el cielo delante de su Dios, quien es el Dios de ellos, delante de su Padre, quien es el Padre de ellos. “En medio de la congregación te alabaré”. ¡Así se asocia también con esta familia **sobre la tierra** para entonar el Cántico de liberación que sólo Él, el Resucitado de entre los muertos, cono-

ce enteramente! Su voz encuentra un eco en el corazón y en la boca de todos sus amados.

Y he aquí que ahora el sol se levanta (vv. 25 a 31), un día sin nubes, ¡el sol de justicia con la salvación en sus alas! Su gloria inunda la tierra, tal como la inmensidad de las aguas que cubren el fondo del mar. Una fiesta nueva es celebrada: la fiesta de los tabernáculos, la única que es llamada “santa convocación”, la fiesta del “octavo día”, la “**grande asamblea**” (Levítico 23:36; Salmo 40:9-10). Su pueblo lo reconoce, las familias de las naciones se prosternan ante Él. ¡Su alabanza se eleva de siglo en siglo desde la tierra hasta el cielo!

Sin embargo, ¡hay mil veces más frescor en la estrella brillante de la mañana, en el amanecer, en el triunfo de la **gracia** para introducir la gloria celestial, que en el día pleno, en el triunfo de la **justicia** para establecer la gloria terrenal del Milenio!

H. Rossier (M.E. 1921)

CORRAMOS CON PACIENCIA

Notas tomadas durante una meditación sobre
Hebreos 11:32-40 y 12:1-3

Si alguno piensa que la vida cristiana es un paseo, que lea y escuche lo que Dios dice. Una victoria del diablo consistió en transformar la vida cristiana —al menos en algunos países— en un andar próspero, donde no se encuentra el oprobio. Muchos pensaron que eso significaba una victoria de la fe; pero, muy por el contrario, se trata del fracaso de la fe. El hecho de que en la cristiandad las cosas hayan tomado ese rumbo nos habla de la victoria del diablo y del mundo. Pues bien, el capítulo

que citamos nos señala que el camino de la fe es un camino de prueba para la fe.

Las luchas y los ejercicios de los que leemos al comienzo del pasaje citado, a diferencia de los que preceden, tienen lugar en el territorio de Israel. Hasta el v. 31, hemos considerado los ejercicios de Abraham, de Moisés, los que tuvieron lugar a la salida de Egipto y en el paso del mar Rojo. De hecho, nosotros leemos estas cosas sentados muy tranquilamente en nuestras casas, y las consideramos como muy bellas historias, en el mejor sentido de la palabra. Pero si hubiéramos estado en el lugar de un israelita durante la noche de la Pascua, quizá habríamos temblado en gran manera al pensar en el destructor que pasaba, y nos habríamos preguntado: «¿Y si entrara en mi casa?»

Cuando se trataba de pasar el mar Rojo, perseguidos por los egipcios armados hasta los dientes..., si hubiéramos estado con los israelitas..., quizá habríamos dicho: «¿Y si las aguas se vuelven y nos cubren?» Nosotros leemos esto con toda calma; pero cuando es necesario vivir el asunto y cuando atravesamos «un mar Rojo» cualquiera, cualquier dificultad, comprendemos en alguna medida lo que los hombres de fe enfrentaron en tales momentos. Por eso Dios nos hace atravesar de muchas maneras «mares Rojos», a fin de que aprendamos a conocernos y para que podamos decir: «He aquí una dificultad que me ha hecho conocer mejor a Dios.»

De modo que no se encuentra una vida de fe que no sea una vida de prueba de la fe... no necesariamente de pruebas exteriores, pues un hombre puede caminar viviendo una vida exterior aparentemente sin tropiezos y su vida puede muy bien ser una vida de fe, la de un creyente que durante cincuenta años, de la mañana a la noche, camina con Dios, diciendo: «Señor, ayúdame para esto o aquello, para este trabajo que debo hacer...»

Pero, queridos amigos, ¿quién de nosotros hace esto de manera continua? Esto mantiene a algunos muy oprimidos; es tan difícil como tener que atravesar un mar Rojo; es como si le dijeran a Dios: «Yo no puedo prescindir de ti, es preciso que estés conmigo en todas partes.»

No podemos juzgar el valor de una vida cristiana por las circunstancias exteriores. La vida de Abraham fue mucho más escasa en incidentes que la de otros; sin embargo, ella fue muy rica interiormente. En cambio, la vida de Moisés fue abundante en incidentes, porque su posición era muy diferente. Moisés tenía una posición en la que, inevitablemente, tenía que enfrentar dificultades exteriores a causa de caminar con Dios.

Los nombres que leemos a partir del versículo 32 son: Gedeón, Sansón, David, Samuel.... La mención de ellos nos habla de las dificultades enfrentadas en la tierra prometida y entre el pueblo de Dios. Quizá pensemos que Dios podría haber obviado este párrafo que da por sobrentendida la triste condición en que se hallaba el pueblo, y que podría haber mostrado solamente la fe gloriosa obteniendo victorias sobre los enemigos exteriores y apoderándose de la tierra prometida. No, en absoluto; Dios recuerda que en dicha tierra también hubo actos de fe. Si el pueblo hubiera marchado bien, no habrían sido necesarios un Gedeón ni un Sansón; estos hombres no hubieran sido útiles. Pero el solo hecho de la presencia de ellos es la demostración de que la condición en que estaba el pueblo exigía hombres que condenaran tal condición. Pues bien, fue necesaria la fe, ¡y siempre es necesaria! Ser cristiano es difícil; hoy en día, si se quiere seguir al Señor es quizá más difícil que al principio.

La fe cuenta con Dios; allí donde no hay fe se mira aquí y allá para encontrar apoyos. Pero la fe cuenta con Dios; entonces las dificultades pasan a ser un asunto de Dios y no nuestro.

Lo esencial para cada uno es ser aplicado para tener una buena conciencia, para vivir realmente en la presencia de Dios y apoyarse en Él. La fe pone a Dios en lugar del «yo»; ella introduce a Dios en todo. Si tuviéramos fe... como un grano de mostaza, nada nos inquietaría. La fe sufre mucho más que la incredulidad; pero, con todo, goza de mucha más dicha y de consolación, y tiene a Dios de su lado. He aquí lo que expresa el último párrafo del pasaje que consideramos.

David anduvo errante de cueva en cueva, como una perdiz por los montes. Esa fue la parte más gloriosa de su vida, durante la cual Saúl lo persiguió. Aparentemente, nada le brindaba seguridad y no tenía descanso; pensaba detenerse en un lugar y le era preciso huir a otro. Pero él contaba con Dios. Bello ejemplo para nosotros que, a menudo, tenemos mucha dificultad para contar con Dios. ¡Oh, yo puedo contar con esto o con aquello!; y luego Dios nos enseña que necesitamos contar solamente con él. Por lo demás, para morir no tendremos a nadie sino a Dios.

Aquellos que en ese período difícil recibieron testimonio “de haber agradado a Dios”, son los que anduvieron por la fe, “de los cuales el mundo **no era digno**”. Acerca de los que andan por la fe, siempre ha sido cierto que el mundo no es digno de los tales y que Dios tiene su contentamiento en ellos.

Si hemos pasado un día sin vivir por la fe, habrá sido un día perdido. Quizás hayamos hecho muchas cosas, incluso en el nombre del Señor; sin embargo, será un día perdido del cual tendremos que rendir cuenta a Dios. Pero si lo hemos vivido por la fe, ocupados tal vez en el mismo servicio o quizás en lo secreto, en la lectura de la Palabra, la oración, la meditación, o aun realizando nuestro trabajo normal, ¡he aquí un día ganado! El último párrafo del capítulo 11 (vv. 32 a 38) brinda mucha consolación y es muy alentador. El versículo 39, que se aplica a to-

dos los hombres de fe del capítulo 11, no dice que ellos **dieron** testimonio, sino que **alcanzaron** (o **recibieron**) testimonio. Porque Dios honra la fe.

Así, Abel recibió testimonio de que era justo y Enoc tuvo (recibió) testimonio de haber agradado a Dios. Tarde o temprano, hay un momento en que la fe recibe su testimonio; a veces ya en la tierra. No obstante, de uno u otro modo, la fe jamás pierde nada. Según las apariencias, ella puede perder todo; pero, en realidad, no pierde nada. Recibirá testimonio de parte de Aquel que no dejará de darlo.

Detrás y delante de nosotros tenemos una gran nube de testigos. El versículo 1 del capítulo 12 nos recuerda que si alguno, aquí o en otra parte de este mundo, sufre por confesar el nombre de Cristo, la verdad de Cristo, no debe sorprenderse, pues antes que él han habido otros que sufrieron por la misma razón.

“Despojémonos de todo el peso y del pecado que nos asedia” He aquí dos cosas que detienen la carrera cristiana. Un peso puede estar constituido por una prueba personal o familiar, que impide que el alma se apoye en Dios. Se puede ver esto en la expresión: “Mi alma rehusaba consuelo” (Salmo 77). Ciertas personas prefieren permanecer solas con su dolor, a veces durante toda su vida. Éste no es un buen estado espiritual; se nos dice que nos despojemos de ese peso. Es necesario ayudar a tal alma para que se despoje de tal peso, para que ponga a Dios entre ella y su peso. “Echa sobre Jehová tu carga, y él te sustentará” (Salmo 55:22). Y Pedro también nos dice: “Echando toda vuestra ansiedad sobre él, porque él tiene cuidado de vosotros” (1.ª Pedro 5:7). Echando..., es preciso despojarse de ese peso como de un objeto del cual necesitamos deshacernos, arrojándolo lejos de nosotros. Tal vez en esta sala haya alguien que está cargando un peso secreto. El tal corre el riesgo de no progresar

espiritualmente si se alimenta de su propio dolor. Dios conoce ese dolor y, en esas aguas amargas —las aguas de Mara— él echa un árbol misterioso; entonces las mismas aguas amargas inmediatamente se endulzan (véase Éxodo 15:23-25).

Cuando cargamos un peso por el cual nuestro corazón corre el riesgo de sentirse aplastado, abrumado, cuando la muerte, de una u otra manera, hace que nuestra alma sienta su sabor amargo, ¿qué es lo que Dios nos presenta? Pues a Cristo, la cruz de Cristo. Es lo que transforma el agua amarga en agua dulce. Entonces, cuando esto se lleva a cabo, se comprueba que un creyente que pasa por una prueba progresa espiritualmente ¡y mucho más que lo que había progresado en veinticinco años! Por eso, muy a menudo, la prueba es la puerta abierta para que Dios mismo entre en el alma.

Queridos hermanos, ¡en este mundo hay muchas pruebas! Cuando nos contactamos con personas que pasan por una prueba, es necesario pedirle a Dios que, según su voluntad, nos utilice como siervos para estar junto a ellas y anunciarles que Él quiere entrar en sus corazones. Entonces Dios endulzará el agua amarga.

Quizás haya aquí alguien que siente un dolor del cual no desea hablar a nadie: una prueba, una contrariedad. O tal vez alguien que pasa por duelo, el cual ha abierto una brecha humanamente irreparable. Pues bien, ¡ojalá que, para los tales, podamos ser mensajeros por quienes Dios se introduzca entre el corazón y la prueba, y levante el peso que está cargando! El alma continuará llorando, pero esas lágrimas ya no serán las mismas, pues Dios las pone en su “redoma” (Salmo 56:8).

La expresión: “rechazar” o “despojarse del pecado” es más fácil de comprender... ¡rechazar ese pecado que nos rodea tan fácilmente! El pecado obstaculiza el camino del creyente; ya

no puede caminar más, y cae. ¿A qué le llama pecado la palabra de Dios? Vale la pena formularnos la pregunta. Si le preguntáramos eso a cincuenta personas, obtendríamos cincuenta apreciaciones diferentes. Pero, ¿qué es aquello a lo cual Dios llama pecado? Con toda seguridad, lo importante, lo que vale es lo que Dios nos dice. **Pecado es todo lo que no procede de la actividad de la vida divina en el creyente.** Todo lo que no es la voluntad de Dios cumplida en el creyente es pecado. Esto llega muy lejos, se dirige a todas partes y toca todos los aspectos de nuestra vida. Algunos quieren hacer del pecado simplemente una trasgresión de ciertos mandamientos; pero para Dios es toda actividad que no procede de la vida divina en nosotros. Y si alguno no es un verdadero creyente, todo lo que él hace es pecado, aunque fuera un hombre de conducta irreprochable ante los ojos de sus semejantes.

De manera que, en el creyente, la ausencia de pecado está ligada a la obediencia a la voluntad de Dios. Se trata de obedecer, de depender de Dios; de otro modo, es mejor no obrar. Incluso el servicio —¡y cuántas veces se ha visto!— puede contribuir al endurecimiento de un creyente.

Por lo tanto, ¡que nos sea concedida la capacidad de rechazar el pecado que nos asedia con tanta facilidad! ¡Que Dios nos ayude a mantenernos cerca de él, para que el sentimiento de lo pernicioso que es desobedecerle se mantenga siempre vivo en nosotros! La medida del bien y del mal se conoce sólo ante la presencia de Dios, y delante de él no preguntaremos: «¿Qué bien o qué mal hay en tal cosa?», pregunta que revela un estado espiritual malo.

“Corramos con paciencia”, he aquí una expresión que necesitamos recordar. Correr con paciencia es difícil, y es quizás el más bello testimonio que nos han dejado aquellos que la

Palabra llama nuestros “pastores”, literalmente “guías” (Hebreos 13:7). Haber caminado bien durante 50, 60 o 70 años constituye, sin dudas, un testimonio mucho más grande que lo que han dicho, escrito y hecho esos hombres de Dios.

“Corramos con paciencia... puestos los ojos en Jesús” Este versículo es muy fácil de recitar y, a menudo, lo repetimos con ligereza. Pero, ¿qué significa en la práctica? Se refiere al estado espiritual del corazón. No consiste simplemente en pensar en Jesús. No se trata de un pensamiento de nuestra mente, ni tampoco de una palabra pronunciada con nuestros labios. Fijar los ojos en Jesús significa **estar en comunión con nuestro Señor Jesucristo**, mediante el Espíritu Santo obrando en nosotros con fuerza; significa **tener el corazón lleno de Cristo, lleno de la Palabra de Dios.** Entonces Jesús, quien se encuentra sentado a la diestra de Dios, Jesús en su vida, Jesús en su muerte, Jesús en su gloria ocupa y alimenta el alma por la virtud de la Palabra y del Espíritu. Es el pan que da Dios, y el alma come de dicho pan.

Mientras estamos en este mundo, el Señor nos lava los pies (cf. Juan 13), para que tengamos comunión con él en la gloria donde él está. Que Él nos guarde de engañarnos a nosotros mismos utilizando fórmulas a menudo repetidas con ligereza. Pero recordemos que fijar los ojos en Jesús es un estado espiritual del alma, y no lo podremos hacer realmente si no nos despojamos de todo peso y del pecado que nos asedia con tanta facilidad.

“Puestos los ojos en Jesús, el autor y consumidor de la fe”, no dice: de **nuestra** fe. La vida de Jesús fue una vida de fe en su totalidad; su andar por fe finalizó, y sólo Él terminó su caminar, porque sólo Él está en la gloria. Después de su muerte, se verificó su resurrección y su ascensión; Él está en la gloria. Y ese

es el punto final de la carrera cristiana. En cuanto al punto de partida, a menudo se habla con mucha menor disposición. El punto de partida de la vida cristiana se halla en la cruz. Toda la vida cristiana llena este espacio, este intervalo entre la cruz y la gloria. Y, para que no nos engañemos a nosotros mismos sobre este punto, el Señor nos dice que si la cruz es nuestro punto de partida, también tenemos que llevar la cruz cada día. No se trata simplemente de hablar de la gloria cada día, sino de hablar de la cruz cada día.

Jesús es el autor, el consumidor, es decir, que en él todo lo que abarca la vida de fe fue llevado a cabo plenamente. Para alentarnos, el Espíritu desarrolla algunos pensamientos sobre este tema. El Señor, en su paciente carrera por la fe, tenía el gozo puesto delante de él: “En tu presencia hay plenitud de gozo; delicias a tu diestra para siempre”, proclamó el salmista (Salmo 16:11). Pues bien, para nosotros también: el gozo está delante de nosotros, el gozo en la gloria. Por el momento, tenemos gozo en medio de las penas, las lágrimas, el trabajo y en toda clase de sufrimientos; más tarde tendremos el mismo gozo, pero en la gloria y el reposo.

Nuestro Señor sufrió la cruz; nosotros no tenemos idea de lo que fue la cruz; él no nos ha dejado nada de la amargura de la cruz. Él tomó todo esto sobre sí: el sufrimiento para hacer la expiación, la copa amarga que bebió en la cruz fue su parte exclusiva. El Señor no nos ha dejado absolutamente nada de ello; de lo contrario, estaríamos perdidos.

Pero aún hay otra cosa que Él nos concede y en la cual quizá no siempre nos agrada detenernos: no padecemos ningún sufrimiento expiatorio, pero sí padecemos sufrimientos por la justicia y por el nombre de Cristo. Él nos dejó estos dos tipos de sufrimientos y estamos llamados a conocer lo que son los pade-

cimientos por la justicia práctica: vivir justamente en un mundo que es injusto y que soporta muy mal a las personas cristianas que quieren vivir justamente. “Todos lo que quieren vivir piadosamente en Cristo Jesús padecerán persecución” (2.ª Timoteo 3:12)... Y esto se verifica de muchas maneras.

“Él sufrió la cruz, menospreciando el oprobio” Contemplemos a Jesús en la cruz; ¡qué escena! No vemos ninguna grandeza humana, ningún heroísmo en la cruz, únicamente oprobio, humillación, despojamiento; pero una gloria moral como no es desplegada ni por la misma gloria del cielo.

El Señor menospreció el oprobio; trató a éste con desprecio. Él, quien era Dios, trató el oprobio con desprecio y nosotros no le hemos escatimado el oprobio. ¡Basta pensar que escupieron en el rostro del Señor! Y después, en el curso del testimonio, se ha hecho otro tanto con los discípulos del Señor antes de darles muerte, de hacerlos subir a la hoguera, y se los insultó como insultaron a Jesús. El Señor manifestará delante de todos que tal oprobio corresponde a una corona de gloria para aquellos que fueron fieles hasta la muerte; ellos habrán experimentado mucho mejor que nosotros lo que abarca la expresión: “El discípulo no es superior a su maestro” (Lucas 6:40).

Cristo está sentado a la diestra del trono de Dios. El trono representa siempre la autoridad; incluso en la expresión “el trono de la gracia” hay una idea de autoridad. Considerar; esto quiere decir: mirar cuidadosamente, de muy cerca. “Considerad a aquel que sufrió tal contradicción de pecadores contra sí mismo.”

El Salmo 16 dice. “Porque está a mi diestra, no seré conmovido” (v. 8); Cristo es quien dice esto. Queridos amigos, si nosotros experimentáramos siempre lo que es tener a Dios a nuestra derecha, no temeríamos nada. No tendríamos ningún otro temor que aquel que se desarrolla en el alma del creyente en

la medida en que viva cerca de Dios, el único temor que Dios aprueba en el cristiano, el de no hacer lo que a Él le agrada.

¡Que Dios bendiga su Palabra y llene nuestro corazón de Jesús, a quien ella revela!

L. Chaudier (M.E. 1987)

HA RESUCITADO EL SEÑOR VERDADERAMENTE

(Lucas 24:34)

por F. von Kietzell

(Viene de la página 108)

Capítulo 12

La misión

Mateo 28:16-20

El relato de los acontecimientos concernientes a la resurrección del Señor nos traslada a Galilea; esta vez al monte adonde Jesús había ordenado que fueran sus discípulos (v. 16). Si el mar, en el cual siete discípulos habían efectuado una pesca milagrosa, es una imagen del mar de las naciones donde Dios hace su obra, el monte, según el carácter del evangelio según Mateo, es el símbolo de la elevación de su Reino.

El Resucitado se acerca y, con excepción de algunos cuyos ojos aún estaban velados, los discípulos lo reconocen y le rinden el homenaje que el verdadero rey de los judíos merecía (v. 17).

Efectivamente, ¡cuán digno es Él de tal homenaje! “Y Jesús se acercó y les habló diciendo: Toda potestad me es dada en el cielo

y en la tierra” (v. 18). “Toda potestad” (autoridad): tal era la contrapartida y la recompensa de su humillación voluntaria, según lo que está escrito: “Por tanto, yo le daré parte con los grandes, y con los fuertes repartirá despojos; por cuanto derramó su vida (o alma) hasta la muerte, y fue contado con los pecadores” (Isaías 53:12).

Sin duda, ya les había enseñado “como quien tiene autoridad” (Marcos 1:22) cuando había andado en su camino de humillación entre los suyos. También había reprendido y mandado con autoridad a los demonios (1:27). Y en ciertas ocasiones su poder creador, su divino poder, había podido brillar a través del velo de humillación que Él había revestido transitoriamente. Pero “cuando llegó la hora”, hombres dirigidos por Satanás recibieron de lo alto un poder contra él (Juan 19:11). Ellos salieron contra Él “como contra un ladrón... con espadas y con palos”, y el Señor tuvo que exclamar: “Esta es vuestra hora, y la potestad de las tinieblas” (Lucas 22:52-53).

Ahora, todo eso había pasado. Ese combate sin igual contra “los principados y las potestades” había terminado con el esplendente triunfo que el Señor obtuvo sobre ellos (Colosenses 2:15). Cuando, en otro “monte alto”, Satanás le había ofrecido “todos los reinos del mundo y la gloria de ellos”, Él los había rechazado. Pero ahora Dios le había dado a su Ungido, “toda potestad... en el cielo y en la tierra”. Y así, revestido de tal autoridad suprema, manda a sus discípulos: “Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado” (v. 19-20).

Recordemos aquí que, antes de dejar este mundo, el Señor resucitado encargó a los suyos misiones que presentaban caracteres algo diferentes.

En el evangelio según Juan, vemos a los discípulos como aquellos que, en el poder de la vida nueva, debían anunciar el evangelio —el cual brinda la paz— a todos aquellos con quienes se encontraran (20:21-23).

En Lucas, vemos que el arrepentimiento y el perdón de pe-

cados debían ser predicados en Su nombre en todas las naciones, comenzando desde Jerusalén; y tal evangelio debía ser anunciado en el poder de la Palabra y del Espíritu de Dios (24:45-49).

El alcance de dicha predicación es aún más general en Marcos: “Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura.” Y, así como sucedió con el ministerio del Señor, así también el de los apóstoles sería aceptado o rechazado, cuando ellos proclamaran el evangelio de la salvación por la fe (16:15-18).

En el evangelio según Mateo el carácter es diferente. En éste se trata de la sumisión de todas las naciones a la supremacía de Cristo, Rey de Israel, y de la aceptación de su enseñanza mediante el bautismo en el nombre de las tres personas de la Deidad. Los apóstoles —pues esta misión les fue confiada a los once—, de alguna manera, debían proseguir el ministerio de Cristo, de quien está escrito: “Te di por luz de las naciones” (Isaías 49:6). Nosotros sabemos que dicho ministerio alcanzará su plena expansión al final de los tiempos, cuando Israel se volverá de nuevo hacia Dios.

Tal ministerio, ¿será fácil de cumplir? Por cierto que no. El Señor habló más de una vez a sus apóstoles acerca de la oposición y de los sufrimientos que tendrían que enfrentar sus mensajeros (Mateo, capítulos 10 y 23). Por eso añade estas palabras tan alentadoras: “Y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo (o fin del siglo, edad)”. Y nosotros ciertamente tenemos el derecho de asirnos a esta preciosa promesa para nosotros mismos, para nuestro andar cristiano y para nuestro servicio para el Señor.

Capítulo 13

“Los amó hasta el fin”

Hechos 1:6-14

El Señor resucitado no se manifestó abiertamente al mundo entero, ni aun a “todo el pueblo” de Israel, sino solamente a “los tes-

tigos que Dios había ordenado de antemano”. A éstos “se presentó vivo con muchas pruebas indubitables, apareciéndoseles durante cuarenta días”. Ellos lo vieron con sus propios ojos, lo contemplaron y lo palparon con sus manos; comieron y bebieron con el Señor, y Él mismo les habló “acerca del reino de Dios” (Hechos 1:3; 10:40-41; 1.ª Juan 1:1). Pero esos cuarenta días iban a finalizar y se acercaba el momento en que él, el Señor amado, tenía que ser recibido en el cielo (Hechos 3:21).

“Y el Señor, después que les habló, fue recibido arriba en el cielo, y se sentó a la diestra de Dios” (Marcos 16:19). El siervo fiel, infatigable, había terminado su servicio. Ahora entraría en su reposo y ocuparía, a la diestra de Dios, el lugar de exaltación, el cual era su recompensa. De allí en adelante, sus discípulos tomarían su lugar en la tierra y proseguirían su obra bajo la dirección y ayuda del Señor: “Y ellos, saliendo, predicaron en todas partes, ayudándoles el Señor y confirmando la palabra con las señales que la seguían” (Marcos 16:20).

Así, la ascensión de nuestro Señor constituye la gran transición entre su maravillosa actividad personal en la tierra y la actividad de la que eran responsables los hijos de Dios quienes, desde ese momento, quedarían solos en la tierra. Contrariamente a lo que podríamos suponer, eso no significaba un retroceso, pues ello debía tener lugar en el poder del Espíritu Santo, la tercera persona de la Deidad, quien iba a descender a la tierra. El Espíritu Santo proseguía ahora la actividad del Hijo de Dios, a quien el mundo había rechazado. Su poder y su gracia se desplegarían partiendo del lugar de su rechazo. “Recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra” (Hechos 1:8; cf. Juan 16:7; 14:12).

“Y habiendo dicho estas cosas, viéndolo ellos, fue alzado, y le recibió una nube que le ocultó de sus ojos” (Hechos 1:9). ¡Qué evento! En Emaús, Él “se desapareció de su vista” (Lucas 24:31), y

había sido igual en las numerosas circunstancias en que el Resucitado había aparecido a los discípulos. Pero ahora Él “fue alzado” por un poder misterioso “viéndolo ellos”. Y una nube ocultó de sus ojos al amado Salvador, quien ahora los dejaba solos en este mundo.

Embargados por este espectáculo, ellos no podían quitar sus miradas de Jesús. ¿Comprendían que él los dejaba definitivamente, hasta su regreso rodeado de gloria? ¿Acaso un nuevo y profundo sufrimiento tendría que abrumar aún sus corazones? De nuevo, como en el sepulcro vacío, Dios había preparado a sus mensajeros celestiales para sostener, esclarecer e instruir a los suyos. “Y estando ellos con los ojos puestos en el cielo, entre tanto que él se iba, he aquí se pusieron junto a ellos dos varones con vestiduras blancas, los cuales también les dijeron: Varones galileos, ¿por qué estáis mirando al cielo? Este mismo Jesús, que ha sido tomado de vosotros al cielo, así vendrá como le habéis visto ir al cielo” (Hechos 1:10-11).

Es digno de señalar el hecho de que Dios siempre tiene el cuidado de resaltar el carácter transitorio de nuestras pruebas. “Todavía un poco, y no me veréis; y de nuevo un poco, y me veréis”, había dicho el Señor a los suyos al hablarles de los días de su sufrimiento y de su muerte, a fin de fortalecer la fe de ellos. “Aunque vosotros estéis tristes, vuestra tristeza se convertirá en gozo” (Juan 16:16, 20).

Asimismo aquí, en el momento de dejarlos, Él les hace saber que volverá. El hecho de que de ahí en adelante iban a ser dejados solos en el mundo, inevitablemente les valdría, en lo inmediato, “ser afligidos en diversas pruebas”. Pero ellos serían “guardados por el poder de Dios mediante la fe, para alcanzar la salvación que está preparada para ser manifestada en el tiempo postrero” (1.ª Pedro 1:5, 6). Sufrirían “por un poco de tiempo”, pero “el Dios de toda gracia” los había llamado “a su gloria eterna en Jesucristo” (5:10). Nuestra “leve tribulación momentánea” siempre es puesta en contraste con el “eterno peso de gloria”, tribulación que obra en nosotros produciendo tal peso en una medida “excelente (o sobreabundante)” (2.ª Corintios 4:17).

Durante la última y memorable reunión que tuvo con sus discípulos, el Señor, quien amó a los suyos “hasta el fin”, también había hablado de su regreso. “Y si me fuere y os preparare lugar, vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis” (Juan 14:3; cf. 17:24). “Ciertamente vengo en breve” (Apocalipsis 22:20). Tales son las últimas palabras que Él nos dirige en su Libro. Es verdad que, en el momento de su ascensión, Él no habló del arrebatamiento de la Iglesia, la esperanza gloriosa. Este misterio aún no había sido revelado. Él hacía alusión, pues, a su venida a la tierra rodeado de gloria.

Los juicios que precederán a su regreso visible a la tierra, los días de la gran tribulación, serán “acortados... por causa de los escogidos”, pues de otro modo “nadie sería salvo” (Mateo 24:22; Romanos 9:28). Pero “entonces lamentarán todas las tribus de la tierra, y verán al Hijo del Hombre viniendo sobre las nubes del cielo” (Mateo 24:30). “Este mismo Jesús” —el mismo que el mundo rechazó y que jamás ha vuelto a ver después de que unas manos llenas de amor bajaron su cuerpo de la cruz— “este mismo Jesús... vendrá como le habéis visto ir al cielo”. ¿Qué día terrible será ése para todos aquellos que “no recibieron el amor de la verdad para ser salvos” (2.ª Tesalonicenses 2:10)! ¿Pero qué día de triunfo y de gloria para Él y los suyos!

Es digno de notarse que, en aquel día, los pies de nuestro Señor glorificado se afirmarán sobre el mismo monte donde ellos pisaron por última vez el suelo de esta tierra (Zacarías 14:4; Hechos 1:12). Su gloria será manifestada, en primer lugar, allí donde recibió la copa de la mano de su Padre.

En el evangelio según Lucas¹⁾, esta escena se nos presenta de manera un poco diferente; ciertamente por una buena razón. “Y

1) El Mesías está asociado a las esperanzas terrenales de Israel; por esta razón en Mateo no se menciona la ascensión del Señor. Juan tampoco nos dice nada de ello, pues se ocupa del “unigénito Hijo, que está en el seno del Padre” (Juan 1:18; 3:13).

los sacó fuera hasta Betania¹⁾, y alzando sus manos, los bendijo. Y aconteció que bendiciéndolos, se separó de ellos, y fue llevado arriba al cielo” (Lucas 24:50-51). A la vista de esa ciudad donde el Señor había hallado un hogar acogedor y al cual estaba apegado por vínculos muy dulces, ahora se despedía de los suyos de manera conmovedora. Su presencia había sido de bendición para ellos y, aun ahora, al decirles adiós, lo hacía bendiciéndolos. Estemos seguros de que Él no bajará sus manos alzadas antes de que todos nosotros hayamos llegado a destino.

El hecho de haber sido amados “hasta el fin”, ¿no llena nuestros corazones de adoración y de acciones de gracias? Y la responsabilidad que surge de tal amor ¿no nos impulsará a orar con perseverancia? Naturalmente, se podía esperar esto de los discípulos. “Y entrados, subieron al aposento alto, donde moraban Pedro y Jacobo, Juan... Todos estos perseveraban unánimes en oración y ruego, con las mujeres, y con María la madre de Jesús, y con sus hermanos” (Hechos 1:13-14). “Y estaban siempre en el templo, alabando y bendiciendo a Dios” (Lucas 24:53).

Así, mientras que los suyos, llenos de gozo, permanecían en esta pobre tierra, el cielo se abría para Cristo y lo recibía de manera única y maravillosa. Allí, el Señor, el “autor de eterna salvación”, era “declarado por Dios sumo sacerdote” para la eternidad. Allí, el Señor glorificado “se sentó a la diestra del trono de la Majestad en los cielos” (Hebreos 5:9-10; 8:1).

Nosotros ya no necesitamos más todas esas “pruebas indubitables”, porque, por la fe, lo vemos en lo alto “coronado de gloria y de honra”. Y lo contemplaremos así hasta el día en que Él se levante del trono para venir a llevarnos consigo.

(Fin)

1) El monte de los Olivos se encuentra justo en el límite de Betania.

*¡Oh Paciente, Inmaculado!, en la dura cruz clavado;
Tú, Jesús, como inocente, fuiste en todo obediente
a la voluntad de Dios.*

*Que seamos instruidos, por Ti mismo dirigidos;
con tu yugo suave y blando; los oprobios aceptando
al obedecerte a Ti.*

*¡Eres todo suficiente!, alma, corazón y mente
llenarás de regocijo al que el ojo tenga fijo
en tu compasiva faz.*

*Por tu gracia bendecidos y en tu nombre aquí reunidos,
disfrutamos tus favores y rindiéndote loores,
llena el corazón tu paz.*

*Tu camino solitario por donde fuiste a la cruz,
de todos desconocido, sea nuestro ¡oh Jesús!
En tu senda Tú esparciste gozo, paz y caridad,
y tu corazón abriste para nuestra humanidad.*

*Allí ¡qué bienes hallamos, qué tesoros de bondad!
Siempre viendo Dios en ellos amor, luz y santidad;
por tu sangre redimidos andamos en pos de Ti,
tuyos ya, de Dios nacidos, queremos servirte aquí.*

*Y si al andar en tus pasos encontramos el dolor,
también allí probaremos tu consuelo ¡oh Salvador!
Puestos en tu faz los ojos, pese a nuestra poquedad
el reflejo mostraremos de tu santa humanidad.*

*Esa senda se termina en el glorioso fulgor
do brilla la faz divina del Hombre, el gran Vencedor;
allí Jesús, satisfecho en los tuyos y en su bien
y tu amor llenará el pecho del que en Ti halló sostén.*